

daban la ciudad, y tambien tenia el corazon en sus labios:—*¿Habeis visto por ventura al que ama mi alma?*

Así es que semejantes actos de Alabanza y Deseo nos trasforman en hombres enteramente nuevos: somos todo para el cielo; aun la muerte cambia de aspecto: todas las cosas parecen fáciles, cuando son por Jesús, todas agradables, siendo escalones que nos acerquen á Él; y á pesar de eso, ¡cuán pocos sienten de la misma manera! Declarando cierta persona al P. Domingo, religioso pasionista, cuya memoria es tan cara para no pocos de nosotros, que temia el juicio particular, arrasáronse en lágrimas los ojos del siervo de Dios, y exclamó, segun lo tenia de costumbre:—*¡Oh! pero cuán dulce y regalado ha de ser el ver por primera vez la sagrada Humanidad de Jesús!* Hé aquí los frutos de la Alabanza y el Deseo. No podremos ser nosotros ciertamente, bajo este concepto, todo lo candorosos que deseáramos; pero en mano nuestra está acercarnos á tan delicioso modelo, por medio de las ingeniosas invenciones del amor divino; podemos llegar á esta agradable simplicidad de la Esposa:—*Mi amado para mí, y yo para Él, quien apacienta el ganado entre las azucenas, hasta que llegue á romper el dia, y*

las sombras huyan. ¡Sí! efectivamente, ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan!

SECCION VII.

Prácticas de Alabanza y Deseo.

1.º Mi primer ejemplo, relativo á las prácticas de Alabanza y Deseo, está tomado nada ménos que de un libro tan autorizado como la *Raccolta de Indulgencias*. Contiene esta *Coleccion* una especie de guirnalda ó ramillete de actos de amor divino, á los cuales concedió el Papa Pio VII, en 1818, cierto número de indulgencias: extractaré unos cuantos de aquellos que ilustran el presente asunto de que me estoy ocupando, y son los siguientes:—Deseo, Dios mio, veros amado por todo el mundo. ¡Oh qué dicha la mia si, derramando mi sangre, lograra que todos los hombres os amasen! ¡Venid, criaturas todas, y amad á mi Dios! ¡Oh Dios mio, pluguiera al cielo que yo tuviese mil corazones con que amaros, ó que poseyese los corazones de todos los hombres para que con ellos os pagase este rico tributo del amor! ¡Di-

choso aquel, Esposo del alma mia, que pudiera amaros con los corazones de todas las criaturas posibles! ¡Regocijome, Dios mio, de que os amen los Ángeles y bienaventurados en la gloria del cielo; deseo amaros, Dueño mio, con todo el amor con que os amaron los Santos más enamorados de Vos: como os amó San José; la Virgen María, Reina y Señora nuestra, en todos sus misterios; cómo Jesucristo, vuestro Hijo querido, en todos los misterios de su vida benditísima; como os ama al presente en los Tabernáculos donde está viviendo oculto bajo las especies sacramentales; con aquel mismo amor que en este momento os profesa en el cielo, y continuará profesándoos por toda la eternidad; y últimamente, deseo amaros con todo aquel amor con que os amais Vos mismo, Dios mio y Esposo del alma mia!

2.º Lancisio, en sus Devociones á Jesucristo resucitado, nos recomienda las congratulaciones siguientes:—1.ª Congratulemos á Jesucristo resucitado, por todos los dones que engalanan su cuerpo glorioso, y por todo cuanto mereció con su muerte; como por ejemplo: su Ascension triunfante á los cielos, su dignidad real, el dominio que ejerce sobre todo el mundo, la plenitud de poder que tiene en el cielo y la tierra, el

titulo de Cabeza suprema de la Iglesia, el oficio de Juez soberano, y todas las otras excelencias y dignidades que nosotros ignoramos, y de las cuales no hacen los teólogos mencion alguna. 2.ª Congratulémosle por los frutos abundantes de su Vida, Pasion y Muerte con que ha enriquecido, así á los Ángeles, como á los hombres, y especialmente, por el don singular con el cual fueron confirmados en gracia los Ángeles buenos: por todos los innumerables auxilios, tan ricos y variados, que han recibido graciosamente los hombres para evitar el pecado, arrepentirse de las culpas cometidas, ó adelantar en el camino de la perfeccion: por todos los Sacramentos é indulgencias, y finalmente, por la resurreccion gloriosa de nuestros cuerpos.— No estará fuera de propósito el mencionar aquí la devocion particular de Sor Marie Denise de la Visitacion á su Ángel de Guarda: tenia esta sierva de Dios la piadosa costumbre de darle el parabien por el único hecho de su historia pasada que ella conocia con toda seguridad, es decir, por el don singular que recibió, para perseverar en la gracia y amistad de Dios mientras los Ángeles rebeldes estaban al rededor suyo cayendo en la maldad. 3.ª Congratulemos á Jesucristo, por los innumerables coros de An-

geles y almas bienaventuradas del cielo, quienes le están adorando como á su Cabeza supremo, como á Dador y Causa de todas sus gracias, honores y privilegios: por el culto divino que se le tributa en el cielo, tierra y purgatorio, con las Misas, Iglesias, imágenes, votos y todas las buenas obras que constantemente estarán practicándose hasta el fin de los siglos. 4.^a Congratulemos á Jesucristo y alabémosle, por aquella su inmensa caridad en virtud de la cual, segun refiere San Dionisio, reveló á San Carpo, que estaba pronto á volver á morir por la salvacion del linaje humano; y por la cual tambien, conforme Él mismo lo declaró á Santa Brígida, estaba aparejado á dar de nuevo su vida hasta por la salvacion de un solo hombre:—«Oh amigas mias muy queridas, son sus palabras, amo tan tiernamente á mi grey, que ántes que verme privado de ninguna de estas mis ovejitas, quisiera, si posible fuese, volver á dar mi vida por cada una de ellas en particular, muriendo en suplicio tan afrentoso y cruel, que se igualase al de la Cruz.» Y en otra ocasion, la habló asimismo de esta manera:—¡Oh si fuese posible! Yo desearia, con el amor más entrañable, volver á morir tanto número de veces, como almas condenadas existen en el infierno! Este amor extrava-

gante de nuestro Señor dulcísimo, permítasenos semejante expresion; aunque sean ¡ay! de piedra nuestros corazones, contribuirá, repito, á hacernos comprender y sondear el abismo de la miseria del amor que pretendemos profesarle.

3.^o Como los actos de que al presente me estoy ocupando, son principalmente interiores, no estará demas que traslademos aquí la Preparacion de Santa María Magdalena de Pazzis para la fiesta de Pentecostes. Estando esta sierva de Dios el dia de la Ascension dulcemente arrobada, habló de esta manera:—«Apóstoles gloriosos, cuando subió el Señor á los cielos, os dió instrucciones acerca de lo que debiais hacer ántes de recibir al Espíritu Santo; enseñadme, pues, á mí ahora las santas ocupaciones en que debo emplearme; y vos, apóstol San Juan, modelo de pureza, vos, San Felipe amable, espero que no me rehusareis semejante beneficio, os lo suplico por las entrañas de Jesucristo; enseñadme cómo tiene que ser mi habitacion superior, y cuáles las obras interiores y exteriores en que debo ejercitarme durante estos pocos dias. Convendrá que edifique mi habitacion en lo alto: será, pues, el Costado del Verbo dónde haré mi mansion en vinculo de amor. ¿Cuál debe ser asimismo mi alimento y bebida espirituales? Masticaré menuda-

mente mi manjar, como si lo hiciera con todos los dientes, cuyo manjar será la consideracion de todas las operaciones, grandes y livianas, que ejecutó el Verbo encarnado mientras vivió en la tierra: mi bebida será la Sangre que brotara de aquellas cuatro fuentes de sus sagradas Manos y Piés; y no me descuidaré en acudir algunas veces á apagar mi sed á la fuente de muchos arroyuelos de su Cabeza adorable. ¡Oh Verbo enamorado! treinta y tres años habitasteis en nuestra compañía: razon es, pues, que yo me imponga la obligacion de hacer, durante el dia y la noche, treinta y tres actos de anonadamiento de mi misma cuyo ejercicio será una de mis operaciones interiores. Ocho dias despues de vuestro Nacimiento derramasteis vuestra Preciosa Sangre para salvacion del género humano: justo es, en su consecuencia, que yo haga ocho veces cada dia el examen de mi conciencia; porque si el alma no está bien examinada y limpia de todas sus imperfecciones, no se halla entónces en disposicion de derramar su sangre por Vos con el afecto de la voluntad, esto es, no está en aptitud de ofrecerse á Vos qual víctima agradable; y cuantas veces practique semejante examen de mi conciencia, añadiré la renovacion de mis votos religiosos. Cuarenta dias permanecisteis en la tierra despues

de resucitado, conversando con los hombres: cuarenta veces, entre dia y noche, elevaré á Vos mi mente y corazon. Siete años vivisteis en Egipto: yo debo pues, siete veces al dia, ofreceros aquellos que viven en las tinieblas de la culpa. Cuarenta dias trascurrieron desde vuestro Nacimiento hasta que fuisteis ofrecido en el templo, y cuarenta veces por dia me obligo yo á ofrecerme á Vos, con el fin de cumplir vuestra santa voluntad. Mi alimento espiritual será la meditacion cotidiana de vuestra Pasion santísima, juntamente con la consideracion devota acerca de aquel abrasado amor que consumia vuestras entrañas al vestir nuestra naturaleza, y aquella humildad con que conversasteis con los hombres, y aquella dulzura con que predicasteis, y aquella benignidad y alegría con que escuchasteis á la Cananea y la Samaritana: nada os pedia esta mujer, pero Vos la invitasteis á que lo hiciese. Meditaré asimismo aquellas palabras:—*Este es mi Hijo amado, con quien estoy grandemente complacido.*—*Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre.*—*Aprended de mí, que soy manso y humilde corazon.* Doce años pasasteis, ántes de que mostraseis vuestra sabiduria: me resuelvo, pues, á practicar doce actos interiores de amor hácia mis prójimos, y doce más, tambien inte-

riores, de humildad. ¡Oh cuántas ocasiones se nos ofrecen para ejecutar semejantes actos interiores! ¡cuántas oportunidades para cautivar nuestro propio juicio y voluntad! Siete veces adoraré al Santísimo Sacramento, para suplir la omisión de aquellos que no tributan semejante homenaje al Esposo divino de nuestras almas; y otras siete veces adoraré á mi Señor Jesucristo llevando la Cruz é inclinada su sagrada Cabeza por los elegidos. Tres veces rendiré particulares alabanzas á la santísima Virgen María, cual Madre y especial Protectora de todas las personas religiosas, para que se sirva concurrir con su especial asistencia á la fiel observancia de nuestros votos religiosos. Cuantas ocasiones se me ofrezcan, ejercitaré actos de caridad hácia mis prójimos con todo el amor posible y con grande alegría de mi alma, guardaré una vigilancia inquebrantable sobre mis sentidos; y á fin de que no sea tachada con la nota de singular, trataré de hacerlo en tiempo oportuno, y de una manera conveniente y discreta; porque si nunca mirase á persona alguna, podrian creer que estaba enojada con ellas; y si no las respondiese jamás, acaso llegarían á entrar en alguna sospecha. Tres veces al dia recordaré á mis hermanas de comunidad la alteza de nuestra vocacion, di-

ciéndolas algo en elogio de tan sublime estado; y yo á mi vez estaré siempre acordándome de semejante beneficio del cielo. Siempre que se me ofrezca ocasion oportuna, consolaré á los afligidos, ora sean sus penas interiores, ora exteriores; y al fin de cada obra que ejecute, me esforzaré por permanecer en un continuado y no interrumpido acto de caridad y de vigilancia del corazon.»

Si á todos no es conveniente el ejercicio de esta devocion, sirve á lo ménos á todo el mundo, sin excepcion alguna, de edificacion é instruccion. Efectivamente, ¡qué favor no es tan señalado el llegar á conocer lo poco que amamos á Dios, y cuán ruines sean los servicios que le ofrecemos! Hé aquí uno de los inestimables beneficios que nos procura la lectura de las Vidas de los Santos. Porque un Santo no sea imitable, no se sigue que su vida no sea útil para la práctica; y digo más: las vidas admirables de los Santos, con raras excepciones, son las que nos enseñan á ser humildes, y las que encienden en nuestro corazon un fuego muy abrasado de amor de Dios: lo mismo sostiene Santa Teresa en su *Castillo del Alma*.

4.º El objeto de este cuarto ejemplo de Alabanza y Deseo, es la costumbre que se observa

en algunas Órdenes religiosas, de renovar en ciertas épocas los votos de regla; lo cual se aplicará igualmente á la renovacion de cualquier voto ó promesa solemne, especie de voto, con que la persona piadosa pueda ligarse con Dios nuestro Señor: costumbre devota que nos ofrece otro ejemplo más de los ingeniosos artificios del amor divino. Así como el Criador nos permite, segun llevamos ya declarado, que ofrezcamos los misterios de Jesús cual si fuesen propiamente nuestros; así tambien nos faculta benigno, para que le ofrezcamos nuestros votos cuántas veces nos agrade, y de esta suerte multipliquemos, en no pocas ocasiones y con una misma accion, su gloria divina y nuestros merecimientos. Y cuán agradable sea á Dios esta renovacion de votos, nos lo declara Santa Maria Magdalena de Pazzis:—«Siempre que se renúevan las promesas hechas á Dios, tiene lugar una renovacion de union con el Señor, y el alma devota llega á estrecharse más ó ménos, conforme al estado de perfeccion en que á la sazón se encuentra, y segun el grado de caridad que está gozando; y semejante renovacion, que hace el alma interiormente, procura un nuevo consuelo á la Santísima Trinidad, pues que es una renovacion

de aquella complacencia interior que el alma experimentara al ofrecer á Dios por primera vez dicha oblacion, renovacion que sin cesar está recordándola, con nuevo gozo y complacencia, aquel primer placer de la oblacion. Semejante ejercicio es tan agradable á María, como si Ella misma renovase su voto de castidad: es la gloria de los Ángeles, pues que la susodicha renovacion es el fruto de las santas inspiraciones que nos fueron otorgadas por ministerio suyo: es la exaltacion de los Santos, viendo á otros de sus prójimos seguir al Criador por aquellas mismas sendas que ellos siguieron miéntras vivieron en la tierra: es una consolacion para el coro de vírgenes, quienes repiten su cántico nuevo de alabanzas y accion de gracias, al ver que se va aumentando aquella virtud que ellas practicaron con tan singular afecto de su corazon; y semejante renovacion acrecienta de la misma manera la gloria que estas esposas de Jesucristo están gozando en la patria del cielo, porque siempre que se verifica dicha renovacion, celébrase cierta especie de fiesta de santas vírgenes: es, últimamente, aquel ejercicio devoto muy provechoso para el alma que le practica, pues que aumenta todas las gracias que embellecen á dicho sugeto, se robus-

tecen todas sus promesas; y empieza en él una nueva era de paz y union, cuyos frutos se manifiestan en las conversaciones que entabla y en las obras que ejecuta. ¡Oh cuán grande y esclarecida no debe ser la excelencia de estos votos y promesas que hacemos á Dios en nuestra solemne profesion religiosa, viendo que la simple renovacion encierra tantas riquezas y produce en el alma un fruto tan señalado! No es, pues, maravilla, Verbo divino, que aquellos que conocen las grandezas de semejante devocion piadosa; que la Órden que lleva vuestro Nombre dulcísimo, es decir, los religiosos de la Compañía (los jesuitas) celebren la renovacion de sus votos con fiesta solemne, especialmente considerando y teniendo en cuenta los festejos con que los seculares celebran el dia de su nacimiento y el aniversario de algun fausto acontecimiento. ¡Ah! con cuánto mayor motivo no debemos, pues, nosotras, las religiosas, celebrar con fiestas y jubileos espirituales el dia venturoso en que fuimos unidas á Dios con tan estrechísima lazada, con cadena tan fuerte, que jamás llegará á romperse!»—Cuéntase igualmente de la misma Santa, que tenia la costumbre de renovar cada dia sus votos religiosos, pues los consideraba como objetos divinos y cual beneficios singulares que

Dios otorgaba á el alma que, por especial llamamiento suyo, abraza el estado religioso: semejantes votos eran, en su concepto, como *el precio y tesoros del paraíso*, y los estimaba como *cadenas del amor divino*.

San Francisco Javier solia renovar sus votos con bastante frecuencia, asegurando que cuando lo practicaba, sentia renovarse su juventud como la del águila; y no raras veces declaró á sus hermanos de comunidad que la renovacion diaria de sus votos era la mejor defensa contra los ataques y asechanzas de Satanás. Cuenta Lancisio, que el P. Cerruto, jesuita italiano, acostumbraba á renovar mentalmente sus votos tres mil veces al dia, y que en una Octava de la Epifanía llegó hasta completar fielmente la suma de veinte mil renovaciones. Leemos tambien á este propósito, en la Vida del Beato Alfonso Rodriguez, religioso lego de la Compañía, que solia renovar diariamente sus votos, renovacion que le conservó siempre en estado de fervor; y que nuestro Señor le dió á entender cómo esta devocion era muy accepta á sus divinos ojos, mostrándole al propio tiempo, así el provecho que habia de resultar en beneficio de su alma, como los dones singulares con que Él pensaba enriquecerla. Un dia, mién-

tras estaba oyendo Misa, renovando sus votos y dando á Dios fervorosas acciones de gracias por la señalada merced que se habia servido otorgarle llamándole á la Compañía, fué visitado con una luz extraordinaria que le parecia exceder, en claridad y hermosura, á toda otra luz criada, con cuya ilustracion llegó á comprender, así la grandeza de los beneficios divinos que hasta ese instante habia recibido, como su propia indignidad y miseria, y la imposibilidad en que se hallaba de agradecer á Dios debidamente semejantes larguezas é inestimables favores de sus liberales manos; y sintiendo su corazon lleno de una santa vergüenza, no se atrevia á levantar sus ojos hácia el divino Bienhechor ni siquiera á desplegar sus labios, para ofrecerle un oloroso perfume de gracias, sino que permanecia en silencio, confundido y humillado; pero Dios que continuamente está deleitándose en la oracion del humilde, tuvo la dignacion de mostrarse muy complacido de esta nueva y regalada especie de accion de gracias tributada á su divina Majestad con el silencio de la lengua, diciéndole con una voz que Rodriguez llegó á oir con los oidos corporales:—«Alfonso, camina siempre delante de mí por la senda del piadoso ejercicio

de la renovacion de tus votos, y todas las cosas te saldrán á las mil maravillas.» Semejante lenguaje, lleno de ternura, inspiró en el ánimo de Alfonso una confusion asombrosa de sí mismo, y ponderando su propia indignidad y bajeza, creyó que era una ilusion del demonio; mas Dios volvió segunda vez á dirigirle la palabra, diciéndole que no temiera; que no habia ningun motivo para que entónces abrigase recelo alguno; que no era, como él se imaginaba, una ilusion ó engaño del enemigo, y en fin, que hiciese cuanto le decia, inspirando al propio tiempo en su ánimo una conviccion interior de que era Él y no otro quien le hablaba.

Refiere Lancisio una anecdota de cierto sugeto de gran prudencia y juicio exquisito, quien por especial llamamiento del cielo habia entrado á vestir la sotana de la Compañía: todo en esta Religion le agradaba grandemente ménos la renovacion de votos, cuyo ejercicio le parecia una frivolidad é impertinencia. Al acercarse el dia señalado para la renovacion de los votos, sintió en su ánimo una repugnancia invencible, que excedia á todo encarecimiento; pero mortificando su juicio y amor propio, la practicó no obstante, si bien con una confusion tal, que apenas sabia dónde se hallaba; recompensándole